

LA GACETA MALVINENSE

AÑO 4 - Nº 11 - MARZO 2005

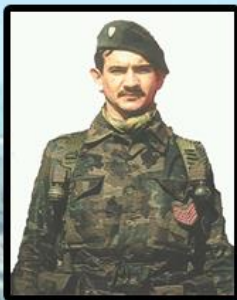


ORGANO DE PRENSA
Y DIFUSION DE LA
ASOCIACION
VETERANOS DE
GUERRA DE MALVINAS
(AVEGUEMA)

Asociación civil sin fines de lucro. Pers. Jurídica
Nº 805/2002
Av. Santa Fe 4815 Stepto - Capital Federal
Tel/Fax: (011) 4776-6605
aveguema@ejercito.aval.ar

EN ESTA EDICION...

- IN MEMORIAM...
- AGRUPACION MALVINAS
ARRECIFES, POR AMOR A
UNA CAUSA...
- ENTREGA DE ESTATUILLAS
POR PARTE DE LA COMI-
SION...
- HISTORIAS CON SABOR A
KEROSENE...
- TRADUCCION DE UNA
CARTA DE UN CAPITAN
INGLES A UN CORONEL
ARGENTINO...
- EL SARGENTO CISNEROS
- VETERANOS Y EXCOMBA-
TIENTES



Un verdadero Camarada

Sargento Mario Antonio Cisneros

PERIÓDICO DE
DISTRIBUCIÓN
GRATUITA A
SOCIOS
¡¡¡ASOCIACION!!!

SALUDO POR CONMEMORARSE EL "2 DE ABRIL" EL DIA DEL VETERANO DE GUERRA DE MALVINAS

Al conmemorarse un aniversario de la recuperación de nuestras ISLAS MALVINAS y el día del VETERANO DE GUERRA, la Comisión Directiva en nombre de la Institución, hace llegar a todos los veteranos un especial y afectuoso saludo y pide elevar una plegaria en recordación de todos aquellos camaradas que ofrendaron su vida por la patria.



DISTRIBUCIÓN TRIMESTRAL

HISTORIAS CON SABOR A KEROSENE 2

Tal como prometimos en el número anterior, publicamos ahora la segunda parte de esas “Historias con Sabor a Kerosene” en las que el comodoro Carlos Horacio Argente sintetizó algunas de sus experiencias mientras se desempeñó como jefe del Escuadrón Técnico de la Base Aérea Militar Malvinas.

Esta vez, hace a un lado el relato de las acciones netamente operativas y nos habla de la especial relación que una persona puede llegar a establecer con un objeto mecánico, hasta del afecto que se puede sentir por él, esta es la historia de “LA MACETITA”.

El 3 de mayo comenzó poco apacible, con bombardeos esporádicos y avisos de condición de alarmas. El Centro de Información y Control (CIC) de Puerto Argentino solicitó que la abastecedora de combustible, se trasladara con premura al pueblo, para reabastecer un helicóptero Chinook, recién aterrizado y a modo de comprendido, se contestó escuetamente, “sale inmediatamente”.

Los operadores (Giménez y Pirrotta) se encontraban en el pueblo; eso significaba que deberían trasladarse hasta el aeródromo, hacerse cargo del equipo y retornar al pueblo para cargar el helicóptero lo que demandaría más de dos horas. Decidimos que fuera yo, el operador calificado para poder dar una rápida respuesta al pedido del CIC. Me cercioré que la FIAT tuviera suficiente combustible y empecé el viaje con mucha precaución; a medida que avanzaba por el camino, fui tomándole confianza al vehículo e incrementé un poco la velocidad.

Al entrar al pueblo aminoré la marcha pues sabía que después de girar, tendría que descender por una calle con pendiente pronunciada (“Philomel Street”) hasta llegar a la avenida costanera, frente a la bahía de Puerto Argentino. Luego de sortear algunos obstáculos, alcancé a llegar a la cancha de fútbol frente al hospital, donde se suponía que estaría aterrizado el Chinook.

Al no divisarlo, consulté a un grupo de soldados, apostados en las cercanías, que me contestaron al unísono que un helicóptero grande había decolado hacía apenas un rato. Decidí continuar por el pueblo y llegar al hipódromo, pues pensaba que probablemente hubiese cambiado su posición y se encontraría allí, a la espera de cargar combustible, pero no fue así.

Regresé al Centro de Información y Control para solicitar alguna precisión u orden al respecto y qué hacer con el vehículo que había quedado pésimamente estacionado en un pequeño claro, fuera de la angosta calle, para no bloquear la apresurada e incesante circulación de otros vehículos militares.

En el CIC, el vicecomodoro Oscar Luis Aranda Durañona, me confirmó que el Chinook efectivamente había decolado, pero que regresaría a la madrugada para cumplir una misión importante. Me indicó que debía regresar con la abastecedora al aeropuerto y permanecer en alerta pues la carga se efectuaría en un sector próximo a la pista, no determinado aún, y en el momento que se ordenase. En la Sala de Situación, y sobre una carta ampliada de la zona del aeropuerto, me señaló el lugar donde tentativamente se posaría el helicóptero para reabastecerse de combustible.

El camino de regreso lo cubrí con las últimas luces del atardecer y al ingresar al aeródromo, ya entrada la noche, lo hice a muy baja velocidad con la ventanilla abierta a pesar del frío reinante, las luces encendidas y la baliza superior de color amarilla activada. Consideré necesarias estas precauciones para escuchar desde la cabina el grito de algún centinela solicitando “el santo y seña”. No deseaba correr el riesgo de que la propia tropa me disparara en medio de la oscuridad, al confundir la llegada del vehículo con un intento de desembarco inglés.

No tuve problemas e ingresé por el camino consolidado que recorrían las ambulancias cuando trasladaban heridos, crucé la pista y, sin saber a ciencia cierta donde estacionar, elegí un descampado a la altura de la cabecera más cercana al Puesto de Comando. Allí detuve la marcha, apagué la baliza, pero olvidé levantar el vidrio de la ventanilla.

Caminé los doscientos metros que me separaban del refugio principal (Puesto de Comando), e informé al comodoro Destri lo acontecido, anticipándole los movimientos previstos para esa noche. Después de

compartir un plato de buena sopa y agradecerle la hospitalidad, me retiré a pernoctar en uno de los refugios cercanos.

A la madrugada, el estrépito de una seguidilla de detonaciones de bombas nos hizo vibrar por completo, al tiempo que nos sacaba violentamente del sueño. Era una nueva descarga de los tetrarreactores estratégicos Vulcan que, en un pasaje sesgado al eje de la pista, dejó caer un reguero de diecisiete bombas de quinientos kilos, con la intención de terminar la tarea empezada el 1º de mayo de destruir la pista. La primera carga impactó entre la cabecera de pista y el descampado donde había quedado estacionada mi abastecedora. Las últimas se perdieron en el campo con tan buena suerte para nosotros, que no causaron ningún daño material, ni bajas personales.

Con las primeras luces, llegó desde Puerto Argentino, el comodoro Guillermo Mendiberri, oficial de inteligencia, para relevar los daños y evaluar el efecto del bombardeo. Lo acompañé en la recorrida y quedé perplejo al observar, cerca de uno de los cráteres producido por una de las bombas, la silueta de la abastecedora FIAT, totalmente desdibujada por un manto terroso que la cubría por completo. El estallido debajo de la superficie del terreno, había provocado que un verdadero alud de tierra, arena, tosca, y turba, le cayera encima y que, por la ventanilla abierta, otro tanto se le introdujera dentro de la cabina.

Cuando concurrieron al aeródromo los operadores de YPF y observaron el dantesco panorama prefirieron guardar silencio, sólo atinaron a decir que la llevarían a remolque al pueblo, a la planta de YPF, donde contaban con mas comodidades para lavarla e inspeccionarla, todo en presunción de que necesitaría una reparación.

Grande fue mi sorpresa cuando, esa misma tarde vi que la FIAT, conducida por Giménez y Pirrotta, regresaba al aeropuerto en servicio, lavada, aspirada, y sin acreditar un solo rasguño, aunque con una novedad permanente: una abolladura en el techo de la cabina, producida por la caída de un pesado cascote de tosca, elevado por la explosión. La chapa se había deformado y, como estampada, había quedado calcada la forma de una maceta grande. El daño, no la afectaba en su normal funcionamiento; tan solo incomodaba un poco al operador y a su acompañante pues al haberse reducido la altura interior de la cabina, las cabezas hacían tope contra el techo.

A pesar de este inconveniente, la FIAT siguió operando normalmente e inspiró a uno de los mecánicos del Sistema de Armas Pucará, por supuesto que oriundo de Córdoba, a bautizarla con el apodo de “LA MACETITA”, nombre con el cual se la identificaría hasta el final de la guerra.

13 de junio de 1982 (el último día)

A escasos kilómetros de Puerto Argentino, los combates terrestres se sucedieron durante toda la noche. Desde nuestros puestos asistíamos a una película en vivo; la artillería inglesa tenía el pueblo a su alcance y los impactos de los cañones eran cada vez mas precisos. El sector del aeropuerto, por estar mas distante, era un lugar relativamente mas apacible.

Durante la mañana de ese domingo, se llevaron a cabo una serie de actividades para el alistamiento de los aviones I.A.58 Pucará, en previsión un empleo inminente. Entre las tareas llevadas a cabo por los mecánicos, se inspeccionó condición y estado de los tanques de combustible externos utilizados en la versión ferry y quedaron depositados en el terreno, de a pares, próximos a donde se encontraban las aeronaves.

Al igual que el día en que arribó a la isla, “LA MACETITA”, continuó operando sin ningún problema, siempre a cargo de Giménez y Pirrotta, a quienes, la guerra no había modificado sus espíritus joviales, ni su natural vocación de servicio. Sin importar el color de la alarma, cuando tenían que efectuar una carga de combustible, lo hacían con una sonrisa pues constituía la oportunidad para estrechar las manos de los especialistas y mecánicos y renovar los lazos de amistad que los unía, después de que el destino los había reunido en ese lugar.

Esa mañana habían completado la capacidad del tanque con combustible trasvasado de los tambores, luego cargaron los aviones en lo que sería la última actividad que cumpliría la abastecedora. Al atardecer, tal

como lo hacia habitualmente quedó estacionada en el descampado cercano al camino de ingreso al aeropuerto, lista para responder a cualquier demanda.

Al abandonar el aeropuerto después de la rendición, brindé un silencioso adiós, a modo de agradecimiento, a “LA MACETITA” que permanecía firme en su puesto dispuesta a brindar su pronto servicio.

Resumen: Emilio Duca

Dirección de Estudios Históricos de la Fuerza Aérea

Discurso pronunciado por el Presidente de la Comisión Permanente de Homenaje a la Gesta del Atlántico Sur, Teniente Coronel (retirado) Ernesto Darío Fernández Maguer, el día 18 de noviembre de 2004, en el Círculo de Suboficiales de la Gendarmería Nacional, durante el Acto Académico en el cual se hicieron entrega de las estatuillas "Malvinas Argentinas" 2004.

"En la madrugada del 2 de abril de 1982, los primeros rayos que asomaron sobre Malvinas no fueron los propios naturales del sol, sino los bordados en nuestra bandera.

Esos rayos de luz, quizás sean unos de los pocos que alumbran y confortan a nuestro pueblo, rayos que penetran e imponen luz sobre palabras, hechos y películas que desde la oscuridad pretenden abatirnos al intentar desmalvinizar los espíritus y las conciencias -que no significa otra cosa que negar lo nacional-.

Resulta paradójico corroborar que desde los extremos siempre se está en contra del sentir del pueblo.

Como en la Vuelta de Obligado que hoy recordamos -tanto los ingleses y demás imperios de turno, como desde la izquierda globalizante- se ataca a los que pelearon y a los que aún continúan peleando por la supervivencia de la Patria.

Tanto los ciudadanos de uniforme que realizaban el servicio militar, así como los civiles veteranos, sintieron una tremenda e injusta soledad, la misma que experimentaron nuestros hombres de armas de todos los tiempos al regresar de sus campañas.

Baste para ello recordar el regreso de la campaña de Belgrano del Paraguay, esa enorme travesía al Títicaca con Huaqui como hito trágico de derrota y muerte y la vuelta de la colosal hazaña allende los Andes hasta el Perú de donde regresaron en silencio con pena pero con mucha gloria los escasos granaderos sobrevivientes de aquella epopeya.

Curiosa es la historia de las armas argentinas. Nacieron en forma incipiente allá por 1806, luchando contra los invasores ingleses y después de enfrentarlos en la Vuelta de Obligado, terminamos en 1982 luchando de nuevo encarnizadamente contra ellos en la turba malvinera.

Y todavía el conflicto no está resuelto. Esperamos y trabajamos esforzadamente para que la recuperación definitiva del archipiélago austral se de a través de la negociación pacífica. Que sepan los ingleses y la comunidad internacional que no queremos ir otra vez a la guerra. Que mantenemos intacta la esperanza fecunda - que se basa en no odiar lo ajeno sino en amar lo propio - de que finalmente entenderán el reclamo jurídico y el clamor del pueblo argentino que se rebela ante la injusticia inconcebible de querer perpetuar un colonialismo anacrónico que deseábamos ver extinguido en el tercer milenio.

Pero como he expresado en más de una oportunidad:

Malvinas no es sólo un territorio, no es sólo una situación colonial, hoy por hoy es un profundo sentimiento. Como lo definiera el general Maffey: "Es una extraña y poderosa fuerza convocante que alimenta cada día nuestro

espíritu." Tal vez sea porque hemos considerado a todo lo ocurrido como un verdadero ultraje, un vil robo a la luz del día, el lacerante despojo de algo que por historia y por derecho nos pertenece desde siempre. Aún en el caso de que pudiera cuantificarse en cifras su valor como territorio y se concluyera que, comparativamente con otras porciones de suelo patrio que hemos perdido es infinitamente menor, consideramos a Malvinas como el símbolo irredento más importante, la deuda fundamental que tenemos que saldar con nosotros mismos y que no deseáramos transmitir a generaciones futuras.

Estamos hoy aquí homenajeando a los hombres que ofrendaron su vida por la Patria y también a los que la pusieron en riesgo y nos brindaron su ejemplo de coraje y patriotismo. A los jóvenes soldados de tierra y de mar que aguardaron firmes con inquietud y valentía en sus trincheras o en sus barcos la oportunidad de enfrentarse en el combate a su destino.

Quizás reconfortaban sus espíritus pensando en su lejano hogar donde estaban sus padres y sus novias y desgranando las cuentas del rosario o pidiendo valor a su Dios y es por ello que aguantaron estoicamente la lluvia de bombas y el clima hostil.

Rendimos homenaje a los hombres maduros que dieron el ejemplo y que aún a sabiendas de que en el continente los esperaban mujer e hijos igual se adelantaron unos metros más para cumplir mejor con su misión o no vacilaron en acercarse un poco más al blanco con su avión, enfrentando

con valor el peligro de su propia muerte a pesar de amar profundamente la vida.

Aquellos héroes que no volvieron no perecieron en vano.

Asimismo como suele recordarnos el Doctor Landa, tal como existe una ley física de conservación de la energía, según la cual ésta nunca se pierde y sólo se transforma, también hay otra ley -más honda y no menos vigente- de conservación de la energía moral." Conforme a ella, ningún acto de amor digno y puro, por diminuto y anónimo que sea, deja de influir benéficamente en el acontecer de toda la humanidad. Y cada hombre que muere como un hombre, a todos nos ayuda a mejor serlo.

Y si no, recordemos el supremo ejemplo del supuesto derrotado el Gólgota. Traicionado por uno de los suyos y desertado de todos, flagelado, escarnecido y crucificado por la potencia colonialista de aquella época...

Y sin embargo esa aparente y efímera derrota se transformó en un eterno triunfo.

Necesitamos de esa fuerza moral para seguir cumpliendo con nuestro deber. Y uno de ellos es y será siempre honrar la Gesta y a los hombres que hicieron la Patria y muy especialmente a los que sacrificaron su vida en el sublime intento."

"GLORIA A NUESTROS HÉROES"

Carta de un ex-enemigo

Traducción de la carta que un Oficial de la Marina inglesa envió al Coronel Losito, Héroe de Malvinas, ante la detención que hoy sufre el militar argentino por haber combatido al terrorismo. Fue hecha llegar al Agregado Militar argentino, Cnel. Abel Catuzzi.

"Estimado Coronel:

Ref.: Horacio Losito

Mi nombre es Richard (Rick) Jolly. En 1982 y durante la guerra de las Falklands/Malvinas, fui oficial superior médico de la Brigada de Comando de Royal Marines. Por lo tanto actué como médico privado del Brigadier Julian Thompson y médico asesor de su Estado Mayor. También estuve a cargo del Escuadrón Médico del Regimiento de Comando Logístico de la Infantería de Marina.

Por esa razón fui Jefe del Hospital de Campaña en Ajax Bay. Durante toda la campaña fui responsable del tratamiento de más de seiscientos británicos y cerca de doscientos argentinos heridos.

Después de la campaña fui condecorado con el rango de OBE (Oficial de la Orden del Imperio Británico) por su Majestad la Reina y más tarde, en 1999, recibí la distinción de la Orden de Mayo del Gobierno Argentino. Esta distinción me fue dada personalmente por el entonces Ministro de Relaciones Exteriores Guido di Tella, en Buenos Aires en Abril de 1999. Su Majestad la Reina me otorgó permiso personal para usar esta distinción del extranjero en todas las ocasiones.

Yo me siento muy orgulloso de ser uno de los pocos que ha sido condecorado por ambos países, a consecuencia del mismo conflicto.

Hace poco me he enterado que uno de mis pacientes argentinos heridos -un oficial- ha sido arrestado y esta a punto de ser juzgado, con acusaciones de cargos relacionados con hechos anteriores al conflicto de 1982.

No conozco cuáles son las acusaciones que se le hacen.

El oficial en cuestión era Teniente cuando lo traté en la tarde del 30 de Mayo de 1982. Horacio Losito era miembro de la Compañía de Comandos 602 y había sido herido en un muy serio enfrentamiento en Top Malo House. Como todos sus hombres, él era un soldado de las fuerzas especiales altamente calificado. Las autoridades del Royal Marines del Cuadro para la Guerra en la Montaña y el Ártico dieron muy buenos informes sobre las actuaciones de los argentinos durante la lucha antes de su rendición. Fue entonces que los equipos médicos británicos en Ajax Bay tuvieron el deber y el privilegio de tratar a todos los heridos de este encuentro: tres británicos y seis argentinos.

Aun conservo en mi poder toda la documentación quirúrgica y veo que el Teniente Losito había sufrido heridas serias en su cabeza y pierna derecha. Las mismas fueron tratadas en forma correcta y a la mañana siguiente, cuando todos ellos se habían recuperado de los efectos de la anestesia, hablé con todo el grupo.

Quería explicarles porque ellos estaban custodiados por uno de mis Royal Marines armados. Primero les pregunté si algunos de ellos hablaba inglés. Sus expresiones me indicaron que trataban de engañarme, por lo que hablé directamente al Tte Losito y al Tte Brun. Les dije que comprendía perfectamente su situación. Como hombres de honor ellos probablemente creían que era su deber el tratar de escapar y como miembro de las fuerzas especiales, ellos tenían la suficiente energía y capacidad para hacerlo, a pesar de que habían sido heridos.

No obstante, les dije que yo sabía de que todos ellos habían sido entrenados por expertos americanos en Fort Bragg en USA y quería que supieran que, aunque nosotros les habíamos curado todos los agujeros que nuestros colegas de los Royal Marines les habían hecho en sus cuerpos en Top Malo, nosotros no vacilaríamos en repetir ese proceso si ellos trataban de escapar o comportarse en forma indebida.

El Tte Losito respondió en inglés que comprendía perfectamente.

Pude llegar a observar, en una situación mucho más tranquila, la excelente conducta de todos esos hombres y especialmente del que parecía ser su comandante. Todos ellos eran estoicos y nunca se quejaron de su suerte, de alguna manera alegres en su comportamiento y cooperadores con sus acciones, cuando los preparábamos para transportarlos en helicópteros al Buque Hospital Uganda y después al Buque Argentino Bahía Paraíso.

Durante la corta estadía con nosotros, ocurrió un incidente con una carga de munición que había sido unida a una trampa explosiva (colocada por soldados argentinos) en Goose Green/Ganso Verde. Dos de los prisioneros argentino que habían ayudado a los soldados británicos a mover dicha carga, resultaron muy seriamente heridos cuando una de las cargas explotó. Un tercer prisionero murió. Estábamos operando a estos hombres y ellos necesitaban grandes transfusiones de sangre. Debido a que nuestras existencias habían disminuido durante el tratamientos de heridos por otra batalla anterior, pedimos al prisionero argentino de mayor rango, Coronel Piaggi, permiso para sacar sangre de voluntarios argentinos prisioneros. Al principio, el Coronel Piaggi rehusó, pero luego cambió de parecer cuando le pedí que me acompañara a la sala de operaciones y le hice ver el estado de los jóvenes prisioneros argentinos que estábamos operando. Cuando él vio la gravedad de las heridas, cambió de opinión y sólo pudo decir: ¿cuánto? ¿de qué tipo?.

En ese momento yo estaba tan enojado con el Coronel Piaggi que no presté mucha atención a lo que decía. En realidad, él se ofreció de voluntario para dar sangre, pero luego agregó que no podía hacerlo porque había tenido hepatitis. Menciono estos detalles porque cuando yo critiqué el comportamiento del Coronel Piaggi durante una entrevista que se hizo en Buenos Aires en 1999, Horacio Losito muy cordialmente me recordó que él había estado presente durante nuestra conversación, que podía recordar los detalles y dijo que lo que yo decía no era correcto. El dijo esto en forma muy diplomática y amable, lo que reforzó aún más la opinión que yo tenía de él.

Más tarde tuvimos la oportunidad de conversar mucho después de un programa de TV en el que ambos tomamos parte. Durante ese programa, también hablé con sus hijos por teléfono; ellos habían llamado para agradecerme por devolverles vivo a su padre. Le di las gracias por ese gesto y en ese momento reconocí otro gesto amable tan típico del padre, un oficial tan especial. El también me invitó a comer un asado en su destino, la Escuela de Suboficiales en Buenos Aires, pero la falta de tiempo me impidió aceptar esa amable invitación. La placa de la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral que él me obsequió ocupa un lugar de honor en la biblioteca de mi casa de Inglaterra y todavía espero poder aceptar su invitación.

He prestado servicios en Irlanda del Norte durante la década de 1979 cuando el Ejército Británico secundaba al Royal Ulster Constabulary a mantener el orden. Por eso sé que un mismo individuo puede ser para uno un terrorista, mientras que para otros es un defensor de la libertad, y las situaciones que los involucran suelen ser sumamente difíciles. No conozco los detalles de las acusaciones del caso que comprende a Horacio Losito, o cuáles fueron sus órdenes y actuaciones en ese momento.

A pesar de eso, puedo establecer que, después de haber sido testigo de sus cualidades personales y haber apreciado a éstas en circunstancias difíciles y peligrosas, considero a este oficial como una espléndida persona, un hombre de moral íntegra, cálida personalidad y con una lealtad muy significativa a su deber patriótico.

Me siento muy satisfecho de haberlo ayudado a recuperar su salud.

Si un hombre se alaba a sí mismo, sus palabras carecen de valor. Si un hombre es alabado por un amigo, esas palabras son las que de él se esperan. Sin embargo, cuando un enemigo escribe bien acerca de una persona, las ponderaciones tienen entonces un valor muy especial. Por favor quiero que emplee mis palabras de estimación de Horacio Losito para lo que usted considere más adecuado.

Me siento orgulloso de haber conocido a Horacio Losito.

Atentamente,

(Hay firma)

*Capitán de Navío Cirujano R:T: (Rick) Jolly Obe Royal Navy (RE)
11 Carew Close,
Crafthole,
Cornwall PL11 3EB*

Un verdadero Camarada: El Sargento Mario Antonio Cisneros.

Ambos pertenecíamos a la Compañía de Comandos 602. Las bajas sufridas por esta compañía, estaban próximas al 50 ciento (como consecuencias de las ansias que tenían sus integrantes de combatir y obtener la victoria). Lo cual originó que las operaciones futuras, las concebirían con una nueva organización para el combate, con los efectivos que quedaban de las distintas secciones, reunidas en un sólo agrupamiento, al que se les sumó, los comandos que restaban de la Gendarmería Nacional. Dicho agrupamiento realizó una serie de operaciones con misiones y resultados variados. Los que dieron origen a una nueva emboscada, lo más adelante y cercana al enemigo que fuera posible, con información sobre las actividades de los ingleses más recientes y actuales. Como quedó dicho, se reorganizó de la Compañía para llevar a cabo esta operación formando los distintos escalones que constituirían la misma al anochecer. Así es que cambié de dúo y compañero, para encontrarme integrando el escalón apoyo, dejando mi mortero de 60 mm y formando un nuevo dúo con el Sargento Cisneros, a quién conocía poco, pero lo que sabía era todo bueno, en síntesis un gran profesional de las armas. En este nuevo rol de combate, me desempeñé como apuntador de una ametralladora pesada MAG. que llevaba el Sargento Cisneros, y él pasó a convertirse en mi auxiliar. En la compañía, reinaba, un gran espíritu de camaradería que es el tema que nos ocupa. Esta hará posible, ejecutar lo imposible, lo improbable, realizable y volverá el jamás en siempre.

La camaradería, estampa un gran espíritu de cuerpo entre las fuerzas militares, mundialmente creída como la esencia del militar, sin ella es imposible la unión y la efectividad, así como el honor y la lealtad. Se ostenta en todos los sitios y en todas las edades, como algo esencial en el ser de los ejércitos, quienes semejantes a cuerpos vivos, tienen que dar de comer a sus organismos y a sus almas. Las cuales se alimentan con la camaradería, el honor, la moral, la disciplina, el espíritu de cuerpo, la efectividad lograda por la preparación y el trabajo en equipo para la consecución del bien común.

A título de ejemplo de la primera, tomaré la de los soldados alemanes en la Segunda Guerra Mundial: el sufrimiento les aquilató de tal modo que resultaba increíble dividirlos. Por esa razón, los elementos que integran las fuerzas armadas del mundo, se llaman, grupo, sección, subunidad, unidad de combate, gran unidad de combate, gran unidad de batalla y demás. Como quiero resaltar la camaradería de los comandos en general y en particular la del Sargento Cisneros, quiero decir lo que entiendo por ella:

La camaradería hará todo lo posible por servir al camarada en lo que necesite, sin esperar retribución por ello, más que la mirada del que recibe confiadamente, lo que se le da. Ordenará con sanos consejos, aunque estos a veces no agraden, corregirá al que se desvía del objetivo, encargará sobre todo, el bien común; opondrá resistencia a las tentaciones egoístas y particularmente, a la traición. Servirá a todos con amor fraternal y obediente, no tendrá respetos humanos ni temor de afrontar la defensa del camarada calumniado, confirmará la verdad de una acusación con justicia y prudencia, para que no suceda lo que al Ejército Francés con el caso Dreyfus, que rompió su camaradería por un prejuicio racial; practica la verdad por increíble o desfavorable que parezca y la defiende bizarramente a costa de su vida, libertad o bienes; porque en la mentira, se desvanecen los carismas más preciados del soldado, el amor y el honor. “¿Puede el hombre vivir sin honor?” Preguntó el Cid Campeador. La réplica para los soldados es manifiestamente, no. Ya los helenos, citaban las virtudes guerreras esenciales: la prudencia y la justicia para la razón y la voluntad, fortaleza para el cuerpo, lograda mediante la preparación y el entrenamiento y la templanza para moderar los apetitos egoístas del cuerpo y alma del hombre. Estas virtudes son los pilares de la camaradería.

La misma, descubre la traición, evita el juicio temerario, da el buen ejemplo personal en todos sus pasos, aunque se deba rectificar y dar la razón de los propios errores. Pone el rango al servicio de sus camaradas, no se tiene por más ni por menos, sino que como los órganos de un mismo cuerpo, cumplen distintas funciones de forma concurrente, activa y concertada, sirviéndose solidaria y recíprocamente. Pone por obra lo que pregona, recibe en su corazón a sus camaradas, aún sin conocerles, como a amigos. Es dócil, agasaja a sus amigos, en definitiva da cumplimiento al mandamiento nuevo de Jesucristo: dar la vida por los amigos, y como los seguidores de Jesús, deberá distinguirse por el amor; ya que la guerra es sufrimiento y únicamente el amor, permite soportarla. No es arrogante ni aparatosa, no es altiva ni siquiera con los enemigos, a los que debe considerar con respeto y humanidad, una vez vencidos. No aseverará irreflexivamente, lo que no es de suyo cumplir.

La camaradería será serena, no se turbará por el riesgo y el miedo, sabe que el pavor es contagioso.

La camaradería será previsoras en todo cuanto se refiere a sus camaradas, los tiene a todos por iguales y aplica una recíproca lealtad. Cumple su palabra, siempre obra bien, para evitar toda duda. Aparta el dolo para que haya amistad. Tiene fe y confianza, no abandona el respeto, base de toda relación humana, cumpliendo con leyes y reglamentos con una obediencia, fundada en el amor. Por tanto tendrá memoria, practicará lo que enseña, evitará las disputas infructuosas, buscará la paz, no se perturbará ni arredrará sino que arrostrará para la lucha, reafirmará la fe en la causa que se persigue y se entregará íntegramente al servicio. Salvaguardará la unión, la libertad y el amor.

Tendrá en prudente reserva, el secreto. No dañará al camarada en desgracia, informará con justicia sobre él; no le presumirá de culpable hasta que no se proba la culpa, no propagará el castigo desproporcionado, pondrá sus talentos particulares al servicio del bien común, concertará y colaborará equitativamente, no dará lugar al egoísmo personal, sino al justo reconocimiento del mérito ajeno. Será magnánima, se encomendará de los asuntos del compañero muerto y no abandonará su familia.

De todo esto, y de lo que se pueda agregar respecto de la camaradería, deseo poner en evidencia como modelo acabado de ella, al Sargento Mario Antonio Cisneros. Dado la brevedad del espacio asignado, me limitaré a relatar la culminación de la camaradería de dicho suboficial, que lo confirmó en lo máximo que se puede hacer por amor, según Jesús de Nazareth: “dar la vida por los amigos”.

En la nueva asignación de rol de combate, conforme lo mencionado arriba, me desempeñé como apuntador de la ametralladora pesada y el Sargento pasó como auxiliar de la ametralladora, de la que él hasta ese momento, fue su apuntador.

En tanto, silencioso y concentrado en mi tarea, le hacía un meticuloso mantenimiento a la ametralladora, repentinamente, levanté mi mirada y me encontré con los ojos de Cisneros. El cual me observaba con detenimiento, los mismos estaban irritados y distantes, en otra dimensión. Súbitamente, sentí una fuerte percepción, intuí en sus ojos, su muerte. Entonces, desvié mansamente mi vista, tratando de disimular mis emociones, me aferré en mi tarea y mi mutismo. Una voz ronca y sombría rompió el silencio, que se prolongaba demasiado, solicitándome:

- Mi Teniente Primero, hasta ahora fui el apuntador de la ametralladora. Soy un buen tirador, la conozco bien... ¿Porqué no me permite que siga siendo el apuntador?

Le miré con ojos escudriñadores. Mientras tanto, recapacitaba en mi presentimiento y me preguntaba ¿Sería esta la forma de evitar su muerte? ¿Acaso soy un adivino? Jamás fui supersticioso. Si este cambio de rol me acarrearía, dar mi vida por la de él, que así sea. Me congratulo, alcanzaría el fin de todo cristiano: la confirmación en el amor. Por el contrario, no pasará de un simple augurio. Le respondí:

- Encuentro sus fundamentos muy lógicos, Sargento. Nada impide un cambio de roles entre ambos, pues lo importante es que la pieza cumpla con su función. Usted combatió con esta arma, sería petulante de mi parte, no aceptar sus motivos, que sea tal cual, lo solicita – simultáneamente, le alargué la pieza con firmeza y confianza en sus afanosas manos, el me agradeció, contestando: - Gracias, mi Teniente Primero, nunca olvidará este gesto – Lo cual sería una profecía por parte del Sargento.

Así, pasó a continuar con la limpieza del arma, mecánicamente. En tanto yo, a llenar las bandas con proyectiles que circularían por la insaciable boca de fuego de la misma.

Concluí mi tarea, saqué pequeño devocionario, regalo de mi mujer, que era de su época de estudiante interna, en un instituto de monjas, llamado “Santa Bárbara” de la Provincia de Jujuy, la patrona de la artillería. Este, se refería en general a jaculatorias y en particular instruía aspectos sobre la Tercera persona de la Santísima Trinidad: el Espíritu Santo. Constantemente, tuve curiosidad por conocerle, encaminado por las enseñanzas de Cristo, que quién pecare contra Espíritu Santo, no tendrá perdón, teniendo en cuenta que esto provenía de su misericordia, era algo que no se podía ignorar.

Leí sus páginas concentrándome en el mismo, al descubrir sus bondades clamé al cielo, agitado por su comprensión:

-¡OH, Espíritu Santo, al presente, comienzo a descubrir tu devoción, no consientas que muera en esta despareja guerra, bajo la ley de la selva, sino bajo tu ley!...nunca le había rezado al Espíritu Santo.

Medité en la incertidumbre y la inconsistencia de los hombres, hoy estamos, mañana no, la tierra nos aguarda para cubrirnos, cada día más próximo. La muerte pasó como tinieblas sobre mi mente, no hay manera de apartarse de ella, tiene establecido el tiempo para los mortales, es inevitable. Adán la trajo al mundo y por los méritos del nuevo Adán, Cristo, desaparecerá. Así, tenemos que convivir con ella, hasta que nos toque a nuestra puerta, en el tiempo establecido por la Divinidad.

La existencia es una perpetua lucha entre el bien y el mal, el ser o no ser. El conflicto está en la naturaleza misma del hombre, dividido por el pecado de su Creador, dentro de sí, de sus semejantes y de la creación, porque quiere el bien, pero obra el mal que no quiere, como nos enseña el Apóstol Pablo, con lo que arrastra la culpa, y de la soberbia, la envidia, la ira y las codicias que con sus enmarañadas tramas ambiciosas, generan los conflictos de los cuales surgen victoriosas: las iniquidades; que vuelven a provocar nuevos conflictos, como si obedeciera a la ley del magnetismo. Únicamente se le pone fin con la unión, la libertad y el amor. Mi reflexión, se distrajo por el eco emanado por un fusil al caer sobre el piso de cemento como un grito de protesta. Todos apuntamos nuestros ojos instintivamente, hacia el culpable, por tamaña afrenta al arma, la novia del soldado.

Durante mi niñez, viví en Catamarca, de algún modo conocía que el Sargento era de oriundo de esa provincia. Sin advertirlo, después de todos estos pensamientos míos y los suyos, que nos mantenían callados, conversamos sobre la belleza del paisaje de esa provincia y de nuestra niñez, cosa natural porque suele ser la época más feliz en nuestras vidas. La conversación se fue animando, pues ambos atenuamos los efectos de la añoranza, procurando encontrar motivos comunes para acrecentar nuestra unión, algo tan esencial. El recuerdo de la tierra en la que aconteció nuestra niñez, la logró plenamente. Jamás, creeré a las tendencias actuales que persiguen apresurar la salida de esta bella etapa de nuestras vidas en las que surge el temperamento, el carácter, la personalidad y una conducta moral, señalándola con rastros inalterables como la necesidad de vivir en el amor y la verdad que nos libera, según Cristo Jesús.

Basada en experiencias anteriores se planeó la emboscada y se la coordinó con apoyo de artillería, la que nos acompañaría en nuestra estancia en la boca del león. Nos fiábamos de nuestros artilleros y en su estrepitoso acompañamiento, el distante bramar de sus cañones. Pasada la mañana, los aprestos para la operación estaban listos. Embarcamos en los vehículos livianos y nos encaminamos hacia el monte Harriet, y desde éste al Tw Sister. Entretanto, nos aproximábamos a dichas elevaciones, fuimos batidos con intenso fuego de artillería enemiga procedente de Monte Kent y de artillería naval desde Bahía Agradable; un fuego cruzado, que batía todo el sector de las tropas argentinas, sin dejar espacio libre. El rugir de sus cañones, sin pausa, no proporcionaba respiro a las asediadas tropas en sus anegadas trincheras. Los proyectiles de sus cañones, obuses y morteros explotaban con espoleta instantánea o de retardo, cuando no eran las bombas racimos que explotaban en el aire. Esto permitía un fuego de ablande sin pausas. Estableciendo una permanente sensación de inseguridad y angustia a los desgastados y bisoños soldados de la posición defensiva argentina, que venían aguantando este bombardeo despiadado, desde hacía varios días con creciente resignación e impotencia, Desde Two Sister, pude divisar el Harriet, semejante a un volcán en erupción. Costaba distinguir su silueta, envuelto en nubes de polvareda. En la cresta de sus laderas, se hallaban las curtidas tropas del 4 de Infantería que soportaban el diluvio. Era el infierno instaurado por el humano linaje. Mi alerta ojeada, recorría de jalón en jalón, la infernal fiesta de fuegos artificiales. Preguntábame ¿Cuánto sufrimiento... dolor y muerte... estarían provocando sus artilleros contra estas expuestas tropas terrestres, agredidas por tierra, mar y aire? El sitio dónde nos hallábamos, asimismo, arreciaba dicho fuego. El humo y el fuerte hedor de lo explosivos, se elevaba al cielo infectando el espacio, a cada explosión vibraba la tierra, esparciendo barro a diestra y siniestra por el aire, creando lúgubres imágenes, con burbujas de escoria o sangre, lanzadas por la expulsión de un monte activo o un cuerpo cruelmente lacerado por el aire, teniendo como música de fondo, los estridentes estruendos del devastador fuego y fétido soplo de Eolo. La posición se iba ablandando con el transcurso del tiempo, las bajas crecían, las energías se agotaban y las fuerzas se desorganizaban: impedidos de comer y dormir, empapados, ateridos de frío y ninguna necesidad satisfecha, el deterioro crecía más y más, a cada instante, el colapso estaba próximo...

El propósito de los sajones con este exterminio metódico y feroz era muy claro, ahorrar torrentes de sangre británica, y a su vez producir cuencas de la misma en el linaje argentino, que en desparejo combate, estaba constantemente lista.

Dejamos en Tw Sister, un grupo de comunicaciones para establecer las mismas con la artillería, se emplearían equipos de reducido alcance y así retardar el poder de detección británico, que se hacía ostensible y sorprendente para la época. Su poder de guerra electrónica era abismal con respecto al nuestro, inclusive, se probaron armas novedosas y desconocidas para las fuerzas armadas argentinas, principalmente cohetes y misiles, como si fuera un laboratorio, el teatro de operaciones.

La Compañía de Comandos 602, con unos comandos de Gendarmería Nacional asignados, se dirigió hacia el objetivo al oscurecer. Soplabla una helada brisa atlántica que con penetrante y persistente potencia, calaba hasta los huesos por su humedad. El cielo estaba alumbrado por una poderosa luna llena, se le percibía diáfano y vivamente añil, densamente poblado de estrellas que como racimos, se expandían e irradiaban el cosmos. El avance era muy lento, con la seguridad al máximo, estábamos al tanto que si nos

descubrían, sería nuestro final; ya que nadie podría socorrernos, estábamos en la tierra sin dueño, en la que reina la discordia y lo inesperado en incierta confusión. Estábamos de la zona de acción del fuego de la artillería enemiga, no sufrimos bajas por su acción, más allá del peligro que ocasionaban los silbidos de los proyectiles y el estruendo de las explosiones. De este modo, arribamos al sitio elegido para desplegar la emboscada.

El lugar era un afloramiento rocoso que se destacaba sobre algunas de las estribaciones de Monte Kent, el que fue explorado por la punta de infantería. Sobre el mismo, se adoptó el dispositivo de una emboscada lineal, desplegado de izquierda a derecha, escalón seguridad anterior, escalón apoyo anterior, escalón asalto, escalón apoyo y seguridad posterior y detrás a más de 100 metros, el escalón protección y recibimiento.

Una vez ocupada sus respectivas posiciones, que los comandos la prepararon e inició la fase más agotadora de una emboscada, la espera. Durante el transcurso de la misma, se involucran en un juego de desgaste: el frío, la tensión, la inmovilidad y sus compañeros los calambres, el mutismo, el cansancio, el sueño, el apetito, la roña, el descuido, la angustia, la incertidumbre, el desconcierto, el miedo, la furia, la sensación de inutilidad y frustración. Todo esto pone a prueba la paciencia y aguante del soldado. En ella, uno tiene tiempo para recapacitar, tomar decisiones, recordar promesas, personas o sucesos.

Las horas pasaban con lentitud insoportable. Le revelé al Sargento a la luz de la luna, que tenía un pedazo de chocolate, al que trocé con sentido equitativo por la mitad, y le extendí una parte:

- Gracias, mi Teniente Primero- me agradeció con voz ronca por el prolongado silencio y continuó - le agradezco mucho, con la hambruna que tenemos de varios días sin comer, me parece muy admirable que comparta usted conmigo.

- Los comandos debemos ser como los mosqueteros, “uno para todos y todos para uno”, compartirlo con usted, me permite comer a mí también - le confesé, sonriendo y quitándole importancia al hecho.

- Aunque a Usted le parezca mentira, le tengo mucho aprecio, mi familia conoce la suya, son de buena semilla. Se lo digo de todo corazón, en estas circunstancias no caben las obsecuencias – dijo el sargento en tanto saboreaba goloso el chocolate.

- Le agradezco su sinceridad y nosotros compartimos nuestros sentimientos respecto de su familia. Sabemos que son hombres de palabra – comenté con complacencia.

- Nosotros al igual que ustedes, buscamos siempre la verdad. Usted me permitió que tenga la ametralladora, no se arrepentirá de habérmela dejado. Estoy muy contento por su generosidad – agregó el suboficial.

- Nosotros somos personas simples, estamos en peligro de muerte, aquí las cosas que tienen valor son las espirituales. No quisiera presentarme ante el Creador sorprendido en medio de mis mezquindades - contesté.

- Tiene razón, yo pienso de igual manera, lo único que me interesa es mantener aún a costa de mi vida, mis ideales de Dios, Patria y Familia. (Yo entonces, no sabía que el Sargento había escrito a su familia una última carta que confirma sus ideales y que los mantuvo hasta su muerte).

- Sargento, creo firmemente que estamos en este mundo para probar nuestro amor, mantener la verdad y la justicia, aún a costa del sufrimiento y sacrificio de nuestras vidas, porque la mentira está por todas partes con sus atracciones que nos arrastran por el suelo; pero cuando uno se encuentra en un lugar olvidado de Dios con un hombre que sé lo quilates que pesa, le llenan de fuerza para continuar la lucha. Ambos sabemos que las cosas no están bien. A pesar de ello, estoy dispuesto a dar todo de mí, cueste lo que cueste – respondí con firmeza.

-Mi Teniente Primero, esas últimas palabras me resultan familiares. Se las puse a mi familia en mi última carta - me interrumpió.

-Usted es famoso por su perseverancia y fidelidad a sus principios, por eso le dicen “El Perro”. Sé que esta noche no será fácil para nosotros... pero también sé que tanto la vida actual como la muerte, no tienen sentido, si no creemos en la resurrección, donde los que compartimos nuestros ideales cristianos, nos volveremos a ver. Allí, separados de nuestras imperfecciones y corrupciones, harán que las cruces y pesares de esta vida, valgan la pena soportarlos – le declaré con convicción.

- ¡En la resurrección, nos veremos mi Teniente Primero! – respondió él con convicción y confianza.

-¡En el encuentro con la Divinidad! - tras una pausa, agregué -;Se siente mucho frío! Yo tuve una experiencia muy desagradable en la cordillera de Los Andes, me siento acalambrado, allí aprendí que la unión hace la fuerza ¿Porqué no nos juntamos espalda contra espalda, conforme nuestros sectores de fuego (él miraba hacia la izquierda y yo hacia la derecha), de este modo permaneceremos en mejores condiciones para enfrentar al enemigo? – le consulté.

- Estoy de acuerdo mi Teniente Primero – fue su respuesta.

Más tarde guardamos silencio, ensimismados en nuestros pensamientos. Transcurrieron varias horas. Pasada la medianoche, se silenció el fuego de los cañones enemigos, surgió una quietud horrenda, como augurio de la tempestad que se aproximaba, un silencio que por sí mismo, habla, como el de Tomás Moro al ser acusado por el infame tribunal que lo condenó, advirtiéndole que algo nefasto va a sobrevenir.

Tenía la práctica de haber estado en varias emboscadas, que todo era un asunto de paciencia y no echar un vistazo al reloj, estábamos al tanto de que el enemigo aparecería y atacaría en cualquier momento: el más inesperado. Llenos de incertidumbre, las incógnitas se acumulaban en mi imaginación, pensé que los misterios no debían conmovirme y recuperé la paz, asediado por una situación inverosímil, oscura y rodeada de peligros que coaccionaban lo más preciado que tienen los seres: la vida. La oscuridad y el terreno, concedían grandes ventajas y no limitaban a la tecnología, aumentando marcadamente, la aptitud del enemigo, constituyéndose en sus mejores aliados.

De improviso, vi encenderse en el cielo unas luces fulgurantes que alumbraban la zona de combate, eran las bengalas lanzadas por el antagonista, para señalar los objetivos de su aciago fuego de artillería, que desgarró el silencio de la noche. Un abrumador fuego hostil, se vertió como una cascada por centésima vez, sobre las posiciones defensivas. Desde el lugar que nos encontrábamos, observábamos los destellos de las bocas de sus cañones, infausta señal luminosa y lúdica de la partida de sus impetuosos proyectiles que hendían el aire con su característico chiflido, para caer en tierra, ávidos de sangre; estas explosiones, propagaron su mensaje de metralla, muerte y dolor. El fuego duró un largo tiempo, tras el cuál, de nuevo retornó el penoso silencio. El frío nos estaba afligiendo cada vez más, ateridos, entumecidos los pies y las manos doloridas por el contacto con el congelado acero de las armas, cuya piel se pegaba al metal.

El enemigo surgió, buscándonos, moviéndose hacia la zona de muerte de nuestra emboscada: el lazo mortal de la trampa. Los ingleses con su fuerzas de elite, pertenecientes al Regimiento 22 del SAS.(Special Air Service) se hacían presentes en el combate. Ya su aparición, había sido señalada por el escalón seguridad de las propias fuerzas. Quienes, en tanto alertaban sobre su presencia, dejaron pasar la vanguardia británica, compuesta por más o menos diez comandos. Lo que revelaba que se trataba de

una fuerza compuesta por alrededor de treinta comandos. Nosotros estábamos atentos al ingreso del grueso a la zona de muerte. Por esas cosas de la guerra, la voz de alerta, no llegó al escalón apoyo que integrábamos Cisneros y yo.

Repentinamente, sentí que la espalda y el cuerpo del sargento se volvieron tensos, giré la cabeza hacia él, sorprendido para averiguar el motivo de tal tensión... cuándo éste abrió el fuego con la MAG.; la respuesta del enemigo fue instantánea, lanzando un cohete L.A.W. 66 mm, que le dio de lleno a la ametralladora y al Sargento Cisneros, matándole y destruyendo el arma; a mí, la onda expansiva me levanto por el aire, cayendo pesadamente sobre las rocas, perturbado. Me recuperé rápidamente y le pregunté, presintiendo su respuesta:

- ¿Qué te pasa hermano?- No hubo respuesta...

Le di vuelta, tomándole con mis dos manos. Comprobé incrédulo que estaba fallecido, con los ojos abiertos, mirando fijamente, sin ver el imperecedero cielo, quise agarrar la ametralladora, pero vi que estaba arruinada. La pieza más grande que quedaba era un pedazo de culata, algunas partes de la armadura y ciertos tramos de la banda con municiones. En esos instantes, escuché voces bajas, aunque nerviosas en inglés, que parecían un cuchicheo, porque para mí, fueron ambiguas sus palabras, aunque no su tono maligno...

Mi cabeza, repentinamente, percibió con lucidez, lo grave de la situación en que me encontraba, me dije: - ¡Estoy perdido! ¡Desarmado, me tendré que rendir! – me respondí - ¡ No, eso nunca! Empleando un viejo engaño, me fingí muerto, dejándome caer por detrás de Cisneros, quedé tendido cuan largo era sobre las rocas, boca abajo, girando lentamente mi cabeza hacia mi compañero, quien yacía con sus ojos inmóviles, hacia el infinito. Exhibía una enorme herida en su tórax y sus cargadores, emergían de sus estuches. Apoyé mis narices sobre su espalda, que estaba tibia aún, sentí el olor de su sangre y transpiración, mi mano derecha quedó apoyada en el piso, levanté el hombro y mi codo doblado. Mis ojos estaban abiertos, sin pestañar, tal cual vi, los ojos del Suboficial. La luna llena permitía, divisar punto por punto, el escenario de la tragedia, que se desentrañaba, ante mis ofuscados ojos: ¡Invoqué al Señor y mi grito llegó hasta sus oídos! ¡Librame de todo mal, no temeré ningún mal porque Tú estás conmigo! – del Libro de los Salmos.

Mis sentidos estaban tan alerta que mi propia respiración me ensordecía; hasta podía oler, la proximidad de los agresores. Estos se aproximaron muy lentamente en forma agazapada, como sospechando una trampa, al parecer habían visto alguno de mis movimientos. Uno de los cuales, se paró frente a Cisneros y otro, detrás de mí. Contuve la respiración, porque me aturdí. El primero, abrió fuego con una corta ráfaga sobre Cisneros, dilapidando munición y mancillando su cadáver, porque ya estaba muerto. Simultáneamente, se sacudía con los proyectiles mi verdadero camarada, los que trituraban la carne de su destrozado cuerpo; el segundo se acomodó para disparar. Estaba tocándome el pie derecho, pensé: ¡No se tragarón el señuelo! - Tiró una larga ráfaga con su fusil, ardiente y mortífera, como furiosa cobra.

En esos momentos, mi espíritu sufrió una rarísima experiencia. Fue, como si me arrastraran al más allá, en instantes pasó la película de mi vida, desde el vientre de mi madre hasta el tiempo en que me encontraba. En tanto que los pedazos de las rocas, taladraban mi cara, como puñados de arena lanzados por un gigante. Luego, un túnel luminoso, me condujo hacia una portentosa luz, que no me cegaba, sino que sentía un gran alivio, una gozosa alegría. Mi alma colmada de animación, fue una felicidad desconocida, infinita.

El comando inglés añadió al remate, la ofensa. Insultándome, me golpeo con una patada en el muslo derecho, girándome por el impulso y extendiéndome ante sus ojos, cual cuerpo exangüe. El agravio y el golpazo, me arrancaron de mi arrobamiento, por así decirlo. En aquel momento, vi que eran ocho o nueve. Me parecían, desde donde veía sus pies, enormes y amenazadores; tal como imaginó, Don Quijote de la Mancha en su locura, a los molinos de viento. Escuché entonces, gritos afligidos que lo llamaban al Sargento: ¡Cisneros! ¡Cisneros! Como si hubieran tenido premoniciones sobre los sucesos. Algunos británicos, le respondieron, con tono de burla, repitiendo el apellido del Sargento.

Al mismo tiempo que sucedían estos luctuosos hechos, el grueso de la fuerza inglesa, entró a la zona de muerte, buscando apoyar su vanguardia, que ultrajaba los muertos y remataba los heridos, fragantes violadores de la Convención de Ginebra, cayendo en la trampa.

Se desató el combate con la furia de un volcán, que insaciable, persigue la ruina de todo lo que encuentra a su paso, prepotente y ávido, quiere lastimar a cuanto se le pone al alcance de su impetuoso empuje. Era la guerra, ambas fuerzas desarrollaron una resistencia firme y tenaz. El fuego, las voces de mando, los gritos de dolor, las explosiones, el desconcierto y demás armas con mortales ráfagas, cual asesinos del averno con precisión mortal. Vomitaban sus escandalosos fuegos sin acabar, sicarios de la muerte iban y venían. Infausta comunicación que reemplaza la palabra, como medio inteligente, legítimo y propio de los hombres, a pesar que muchos en su miseria, prefieren el lenguaje de la espada.

El terreno elegido para la celada resultaba muy favorecedor para el atacante en razón de que le proporcionaba abundantes cubiertas en oposición al de los emboscados. Ante tan desesperante situación, los ingleses que se encontraban conmigo y ya habían roto el cerco; en lugar de continuar con su contraemboscada, cometieron el gravísimo error, de darme la espalda y bajar hacia la zona de muerte, en un intento desesperado de ayudar a sus camaradas, encolumnados muy cerca uno del otro. Como les estaba mirando lleno de furor, pues al golpearme y hacerme dar vuelta hacia ellos y cambiar de posición, yo había localizado el sitio, donde había caído mi fusil, acariciándolo con mi vista.

Con un importante esfuerzo, logré incorporarme de un salto. Ya que me sentía como encadenado a las rocas, eran los miedos, que al vencerlos, renovaron mi ánimo con euforia, y tomando el fusil, me alenté, diciendo: ¡Esta es la mía!; ¡Ahora o nunca!

Les abrí el fuego goloso en automático, amarrándoles por la retaguardia, se tiraron cuerpo a tierra, agoté impetuoso el primer cargador de mi fusil. Después tomé otro cargador del chaleco de Cisneros, mojado con su viril sangre, que deseaba justicia desde las rocas al trono celestial, lo cambié con rapidez, y disparándole, pero esta vez a repetición, haciendo mejor puntería y siendo más preciso. Nadie, respondió mi fuego, lo que me asombró. Tras los disparos vertiginosamente, sentí como un despellejarse el cuello, el hombro, la espalda y la cabeza. Sentí que ardientes puñales se ensartaban y quemaban mi cabeza, cuello, hombro y espaldas. Caí arrodillado del dolor, mientras tibios chorros de sangre, corrían por mi nuca, pecho y dorso. Las heridas me ardían y quemaban, me dije:

- ¡Carajo! ¡Estoy hecho un colador!

En consecuencia, el cohete me hirió en la cabeza con varias esquirlas, y en el remate, el comando inglés había disparado una larga ráfaga, el primero pegó en el Rosario que tenía en colgado al cuello, ingresó a mi cuerpo a la altura del omóplato derecho, el cual siguió arrancándome la carne que cubre la columna vertebral, y quedó apareciéndose por debajo del trapecio izquierdo, casi en la

base del cuello, trazando un cauce profundo, de catorce cm. de largo, por tres de ancho y en la salida una grave quemadura de seis cm de diámetro. El proyectil, era trazante luminoso, lo que disminuyó el flujo de sangre de la hemorragia que se derramaba de tales heridas. El resto de la ráfaga, pasó próxima a mi hombro y cabeza, por subírsele el fusil como consecuencia del tiro en automático, provocando lluvia de trozos de piedra al rebotar los disparos en la roca, que azotaron mi rostro...

Aquí me detengo en el relato, pues el objeto del mismo es la camaradería del Sargento Mario Antonio Cisneros, que a modo de un moderno Sargento Cabral, dio la vida por su camarada, un oficial casi desconocido para él, pero como dijo Napoleón : “nadie hermana más que los sacerdotes y los soldados”. Llenándose de gloria y cumpliendo con el nuevo mandamiento de Jesucristo: “Este es mi precepto: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor mayor que este de dar la vida por sus amigos.” Jn 15, 12 – 13.

FIRMADO MY R JORGE MANUEL VIZOSO POSSE – PJE 3ER CENTENARIO – B° LOS PINOS SAN MIGUEL DE TUCUMÁN – TEL 0381 4278615 /4278684 – CORREO ELECTRÓNICO: nenepinto@arnet.com.ar

VETERANOS Y EXCOMBATIENTES DE LA GUERRA DE MALVINAS Y LA FUERZA AÉREA SUR

Hace algunos años, el Estado Mayor Conjunto (EMC) de las Fuerzas Armadas (FFAA) propuso las condiciones para que un hombre, que participó de alguna forma en la guerra del Atlántico Sur, sea considerado ex combatiente o veterano de guerra en el conflicto de Malvinas. Lamentablemente la propuesta fue aceptada por los Estados Mayores Generales (EEMMGG) de las Instituciones Armadas, sin tener en cuenta ciertos aspectos que hacen a las exclusivas y excluyentes particularidades operativas de las Fuerzas involucradas, generándose situaciones que considero injustas, parciales y arbitrarias.

Al hacer esta consideración, no es mi intención cuestionar las atribuciones legales de los Señores Jefes del EMC y de la Fuerzas Armadas; antes bien, deseo contribuir a que se plantee la necesidad de rever ciertos conceptos esgrimidos para las definiciones y jurisdicciones utilizadas para determinar quienes son acreedores a ser considerados veteranos o ex combatientes de Malvinas, por entender que los mismos lesionan y discriminan sin razón los legítimos derechos del personal de la Fuerza Aérea que tuve el alto honor de conducir durante el conflicto.

Uno a esta responsabilidad de comando para con mis subordinados, la especial circunstancia de haber ejercido la más alta jerarquía de la Institución, teniendo por seguro que todo es perfectible, en la medida en que seamos capaces de reconocer nuevas situaciones ó errores involuntarios del pasado.

Sobre el tema que nos ocupa es conveniente señalar que para definir la condición de veteranos y/o ex combatientes se utilizaron las jurisdicciones establecidas para el Teatro de Operaciones Malvinas (TOM) y Teatro de Operaciones del Atlántico Sur (TOAS).

Las jurisdicciones o áreas geográficas asignadas para cada uno de los distintos Comandos Operativos creados, ante el riesgo de un potencial conflicto, fueron ordenadas y establecidas únicamente a los efectos de determinar clara y sencillamente las zonas en que cada uno de los Comandantes designados debía cumplimentar sus responsabilidades, ejercer su autoridad y llevar a cabo las tareas asignadas con los medios puestos bajo su mando, no asignándoseles prioridad o precedencia alguna. Se posibilitaba además, la coordinación indispensable entre los Comandos intervinientes, de la misma o distinta Fuerza Armada, para un posible conflicto y no señalaba ninguna forma de exclusividad o necesidad de requerir autorización para operar en ellas.

La planificación inicial preveía que las unidades aéreas y medios asignados a la futura Fuerza Aérea Sur (FAS) estaban destinados a tareas totalmente ajenas a su posible utilización en operaciones sobre el mar, reservándose las mismas para otra institución armada, por ser de su competencia jurisdiccional. Al respecto es necesario resaltar que las operaciones aeronavales estaban vedadas para la Fuerza Aérea, ya que las jurisdicciones operacionales establecidas en la Resolución 1/69 del Poder Ejecutivo Nacional, preveía y le impedía equiparse, adiestrarse y operar sobre el mar, con salvedad de las operaciones de Exploración y Reconocimiento Lejano.

Sin embargo, la FAS desarrolló un conjunto de tareas no específicas, ajenas a las que le correspondía por doctrina, y desde su comando se planificaron, controlaron y supervisaron operaciones aéreas que ejecutaron durante cuarenta y cuatro días sus unidades dependientes, desplegadas a lo largo de la Patagonia.

Si la FAS no hubiese estado allí, en la Patagonia, con sus medios desplegados en el continente, pero con una inquebrantable voluntad de lucha y dispuestos a golpear donde al enemigo le doliese, probablemente no hubiera existido el Bautismo de Fuego de la Fuerza Aérea Argentina (FAA) y el conflicto hubiera finalizado posiblemente el primer día de combate, es decir el 1° de mayo, por no

tener los medios desplegados en las islas quién los preservara de los ataques aéreos y navales ingleses, los apoyara moral y logísticamente, detuviera y rechazara el desembarco enemigo durante su primer intento.

No obstante, a pesar de las reiteradas solicitudes presentadas en los últimos años, la condición de veteranos se les niega constantemente a quienes condujeron, posibilitaron y apoyaron estas acciones, sin los cuales la participación de la FAS hubiera sido altamente quimérica e imposible.

¿Es posible suponer que un criterio de espacio territorial que no limita las operaciones, condicione el reconocimiento de una acción bélica? **Los ingleses, nuestros oponentes, consideraron a la Fuerza Aérea Sur su único enemigo real en el conflicto y lo manifiestan taxativamente en sus declaraciones, libros y diversos escritos. Incluso previeron, de acuerdo con la evolución del conflicto, el ataque a sus unidades del continente y llegado el momento de dar por finalizadas las acciones bélicas, recabaron de su titular su palabra de honor de no seguir atacando a las tropas inglesas, por no aceptar éste que se incluyera a la FAS en el acta de capitulación.**

Este compromiso fue solicitado a través del Comandante del Componente Aéreo de las islas, como condición y exigencia fundamental de la Fuerza de Tareas del Reino Unido para firmar la capitulación incondicional de nuestras fuerzas en las islas y por ende el reconocimiento nacional e internacional de nuestro Gobierno que había finalizado el conflicto.

Esta obligación exigió al Comandante de la FAS (CFAS), que no capituló ni se rindió, como puede verificarse en el Acta de Rendición, suscripta el día 14 de junio de 1982, a cesar las operaciones ofensivas contra los medios navales y terrestres de la flota inglesa, a requerimiento de los mandos de las islas y por imposición sobre éstos de las autoridades de la Fuerza de Tareas.

Preocupación de por si relevante, que demuestra que la FAS fue considerada en su totalidad, durante todo el conflicto, como un combatiente de real importancia a ser tenido en cuenta, inquietud que llevó al Almirante Woodward a expresar “este es un mano a mano entre la Royal Navy y la FAA”.

De este acontecimiento histórico, sin ningún tipo de concesiones hacia nuestro país, tomaron conocimiento todos los oficiales del componente aéreo de nuestra institución en las Islas, el Estado Mayor (EM) y unidades dependientes del CFAS y las autoridades superiores de la Fuerza Aérea, incluido el gobernador militar de la isla, general Menéndez y su EM, así como el gabinete militar argentino.

Creo, como una alternativa más para solucionar el desacuerdo con la definición emitida, que en lugar de considerar la delimitación geográfica de los comandos en el Atlántico Sur, hubiera resultado correcto limitar el ser considerado ex combatiente o ex veterano solamente a los que tuvieron “injerencia directa o cumplieron funciones esenciales” para el desarrollo de las operaciones del enemigo, ya fuera en las islas o desde el continente. Este concepto dejaría de lado el criterio de la distribución geográfica, que nunca existió para las operaciones ordenadas por la FAS.

Este fundamental concepto es reconocido, aceptado y aplicado por los gobiernos y fuerzas armadas de cualquier país del mundo, debido a la particular forma de operación de las fuerzas aéreas, siendo legítima esta consideración también para los comandantes, sus estados mayores y para los medios de apoyo técnico y logístico asignados para hacer posible el empleo de las unidades aéreas.

Excluirlos significaría ignorar o desconocer la doctrina, la forma de empleo de los medios aéreos en la realización de los distintos tipos de operaciones ofensivas, de apoyo y de transporte que se llevan a cabo durante un conflicto, que son planificadas, ordenadas, controladas, evaluadas e incluso soportadas logísticamente por la organización de un comando aéreo. Esta es en definitiva, el producto y esencia de una acción de comando, sin la cuál no podrían existir. De haberse observado esta sencilla disquisición la polémica y estos párrafos no existirían por haberse obrado sobre la base de estricta justicia.

Por cierto, existen mayores elementos de juicio, citas e incluso publicaciones donde se documenta sobradamente la justa inclusión de todo el personal de la Fuerza Aérea Sur como Veterano o ex Combatiente en las normas legales en vigencia, ya que en las experiencias de guerra, sean de carácter mundial o no, ha quedado demostrado que son los países en su totalidad los que van a un conflicto y que para el enemigo las bases de operaciones, su personal y su comando son objetivos naturales de fundamental importancia.

¿Puede negarse al personal, las unidades y al comando de la FAS su condición de veteranos de guerra? Enfatizo y destaco que fue la Fuerza de Tareas Inglesa, nuestro adversario de aquel entonces, la que le dio a la Fuerza Aérea Sur y a sus medios el rango de beligerantes, de combatientes y que fuimos debidamente tenidos en cuenta en forma exclusiva a la hora de las decisiones fundamentales, como las que determinaron el cese de hostilidades por medios violentos.

¿Puede un criterio geográfico primar sobre el concepto operacional? A partir del desembarco en la Bahía de San Carlos, el 21 de mayo de 1982, la Fuerza de Tareas inglesa tenía previsto, dentro de los objetivos ordenados por el Gabinete de Guerra del Reino Unido, como primera prioridad la neutralización de la Fuerza Aérea Sur, hecho que sin lugar a dudas demuestra la preocupación de nuestro antagonista para que la misma no siguiera atacando; reflexión reiterada repetidas veces por el almirante Sandy Woodward a través de toda la campaña. Situación que se exige como condición fundamental previo a la capitulación de nuestras fuerzas en las islas.

Ratifica lo expresado, las disposiciones adoptadas por el Reino Unido, durante el conflicto, tendientes a debilitar al CFAS y a sus unidades dependientes, quitándole capacidad operativa y de reacción, afirmación que puede ser verificada mediante el análisis de las siguientes previsiones conocidas, puestas en vigencia:

Acercamiento nocturno al continente de una formación naval, que permitió y facilitó el traslado de un contingente integrado por voluntarios del Special Air Service (SAS), a bordo de un helicóptero Sea King, matrícula ZA-290, a cargo del Lt. Hutching, responsable de la operación planeada, que despegaron de un portaaviones en proximidades de la Isla Grande de Tierra del Fuego en cumplimiento de la tarea ordenada, de cuyo desarrollo de haber logrado éxito, podría haber estado prevista la participación de otros medios de transporte de la Royal Air Force (RAF) y un equipo más numeroso de hombres del SAS.

Su tarea, realizar observación e inteligencia de las instalaciones de las BAM Río Grande y Río Gallegos y estudiar la posibilidad de efectuar acciones tipo comando de mayor envergadura, con la participación de otros medios que afectaran la capacidad operativa de la FAS y de la Armada Nacional.

Fracasada la misión, por causas fortuitas, el helicóptero trasladó al personal comando hacia el oeste de la Tierra del Fuego, dejándolo en territorio chileno y continuó su vuelo hasta las proximidades de Punta Arenas, donde fue destruido. El personal comando fue internado en Chile hasta el final del conflicto y a la tripulación del móvil aéreo, luego de ser asistida por la Fuerza Aérea de Chile (FACH), se le posibilitó su regreso a Inglaterra, violando las normas de la Convención de Ginebra.

Extensión de la Zona de Exclusión Total (ZET) original de 200 MN, a partir de las islas, a todo el Atlántico Sur hasta el límite del mar territorial argentino, 12 MN desde el continente, medida que habilitaba a la Fuerza de Tareas Inglesa a realizar el control de una inmensa área y acciones ofensivas directas sobre cualquier tipo de medio de nuestro país que operara en la misma y que colocaba, además, a todas las bases de despliegue de la FAS y de la Armada Nacional como blancos potenciales accesibles y muy rentables.

Aproximación al anochecer del día 16 de mayo, protegido por una densa niebla, del submarino convencional inglés HMS (Her Majestic Ship) Onix, asignado a la Fuerza de Tareas, que habría dejado tres botes neumáticos con efectivos comandos en las proximidades de la Base Aeronaval Río Grande, con la intención de sabotear las instalaciones y aviones desplegados en la misma. Esta operación habría sido abortada por el destructor ARA Bouchard, que se encontraba protegiendo el Área Naval Austral, sometiendo a un intenso fuego naval a los medios en aproximación, hasta que los ecos desaparecieron de las pantallas de su radar. Información proporcionada por la Armada Nacional.

Sucesivas interferencias electrónicas sobre los radares o sensores desplegados en las bases de la FAS, en la Patagonia y el relevamiento e inteligencia electrónica sobre sus instalaciones y medios, realizadas desde aeronaves que operaban en el Atlántico Sur a lo largo de la costa y desde Chile, que ratifican intenciones de anular o atenuar las posibilidades de la defensa y de una rápida respuesta.

Por otra parte, la definición aceptada estableció el 2 de abril de 1982 como marco de referencia, fecha sobre la cuál correspondería formular algunos comentarios.

No es mi intención polemizar o poner en situación comprometida o desmerecida a ningún mando o autoridad de aquella época, ni posteriores, pero sí aportar sobre los alcances de lo que se debe entender como el verdadero conflicto o guerra de Malvinas, que en el ámbito político diplomático de las relaciones internacionales entre las naciones no empezó el 2 de abril de 1982.

La operación militar de esa fecha dio lugar a la intervención del Secretario General de la ONU y a diferentes países para evitar la guerra, ante una decisión unilateral de nuestro país de ocupar el archipiélago, luego de un discutible análisis en cuanto a la real actitud y aptitud de las fuerzas armadas argentinas para una potencial confrontación bélica con el país de mayor historial y tradición guerrera del mundo, el Reino Unido.

El inicio de una guerra, declarada o no, jurídicamente definida, es el cese definitivo o el fracaso de las gestiones políticas y esfuerzos diplomáticos de distintos niveles, de organismos nacionales e internacionales para evitarla entre dos o más naciones y el principio de acciones de fuerza, de carácter violento, mediante el uso del poderío de sus respectivas instituciones armadas, con el indispensable y necesario apoyo de toda la estructura nacional de cada una de ellas y el posible de otras.

La guerra desnuda, verdadera, según algunos autores, es la del miedo, de la soledad, la mutilación y la del maltrato cruel del llamado enemigo, la desconfianza y la resignación en los combates, mediante los cuales se trata de imponer nuestra voluntad al oponente y de hacerle deponer la suya.

La guerra es tragedia y un alud de emociones que el ser humano debe superar. Injusto o torpe sería no reconocer que el heroísmo puede a veces fulgurar entre los enfrentamientos bélicos, pero los relámpagos heroicos o gloriosos en la contienda no justifican el odio y destrucción que se genera.

Esta circunstancia así descrita, en nuestro país, se inició en forma incuestionable e innegable el 1 de mayo de 1982 y no en la fecha considerada.

El 2 de abril es, no obstante, un día muy particular, que señala por una parte la heroica y legítima recuperación de las islas, parte incuestionable de nuestro territorio y por la otra la iniciación de una etapa preparatoria previa de casi un mes, para que ambos bandos, que respondían a intereses diametralmente opuestos, iniciaran acciones de fuerza y violencia en aumento, en la escalada de sucesos que serían conocidos como Guerra de Malvinas.

La determinación del 2 de abril como fecha de iniciación de la guerra, facilitó la inclusión como veteranos, de personal y medios que de ninguna manera participaron activamente en ningún combate o acción que los hiciera posible durante el conflicto bélico.

Facilitó, por otra parte, la inserción de personal que solo visitó las islas, con periodistas e invitados especiales, durante el mes de abril, obteniendo por su fugaz visita y estadía, además de una fotografía de recuerdo acreditante, la incorporación como veterano o ex combatiente que esta lejos de corresponder. Pueden haber colaborado en la fase previa e inclusive de alguna forma, posiblemente anímica, como emocionalmente lo hizo la mayoría de la población de nuestro país, pero eso no basta para ser para ser considerado con justicia ex combatiente o veterano.

Lo afirmado, de ninguna manera trata de desmerecer la sobresaliente acción llevada a cabo por los hombres y comandos que materializaron la recuperación de nuestras Islas, que marcaron un hito histórico para nuestra patria y que no obstante los desafíos terrestres que debieron enfrentar, cumplieron el logro de su objetivo sin derramamiento de sangre británica, tal como les había sido impuesto. Todos ellos deben ser, con justicia, considerados veteranos de guerra, independientemente de la fecha en cuestión, por cuanto su tarea se cumplió con efectiva presencia enemiga.

Lo expuesto tan someramente, alcanza para comprender que los criterios que oportunamente se creyeron adecuados para determinar a quienes debía conferirse el honor de ser considerados veteranos de guerra o ex combatientes, tienen falencias que es menester solucionar.

Mientras por un lado se hace caso omiso al criterio operacional, subordinándolo al restringido concepto territorial, por otra parte se acepta una fecha como línea de partida del conflicto sin observar que entre las reales e incuestionables acciones bélicas de ese día, 2-Abr-82 y el 1° de mayo, fecha de iniciación real de la guerra, transcurrió un tiempo suficientemente prolongado como para que elementos que nada tuvieron que ver con las operaciones, hoy sean considerados veteranos de guerra, por el solo hecho de haber ingresado a un espacio geográfico.

¿Cómo es posible entonces, que por una definición tal vez no debidamente analizada, a “ese conjunto”, conformado por mandos, unidades y medios, que hicieron posible las operaciones aéreas ofensivas, de apoyo y de transporte durante el conflicto de Malvinas y sin los cuales hubieran sido insostenibles, se les niegue la condición de ex combatientes y veteranos de Guerra?

Brigadier General Ernesto Horacio Crespo
Ex Comandante de la Fuerza Aérea Sur